



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

Avital Heyman

"Ya se posan nuestros pies antes tus puertas, oh Jerusalén"♦

† A la memoria del Padre Michele Piccirillo, un nuevo Moisés en el Monte Nebo

Cuando el Papa Benedicto XVI realizó su saludo al pueblo de Israel en mayo de 2009 en Jerusalén, mirando hacia el Muro de las Lamentaciones (y de espaldas a la distinguida audiencia, ya que incluso Su Santidad debe orientarse hacia el Muro), recitó en latín el versículo inicial del Salmo 122 (121), 2:

Stantes erant pedes nostri in atriis tuis Ierusalem.

De la forma en que cabría esperar, el rabino del Muro de las Lamentaciones, manteniendo la misma y poco habitual postura, de frente hacia el Muro (y también dando su espalda al mismo público), leyó en alto el correspondiente versículo en la lengua bíblica hebrea del salmista.

Por lo tanto, un viaje a Jerusalén es también un viaje a través de la Biblia. Los términos inequívocos utilizados en estas líneas revelan la amplia historia de la peregrinación a Jerusalén: "ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", como si nuestro cuerpo se separase virtualmente de nuestros pies, con el sentido de haber caminado y llegado a las puertas de la ciudad santa. La palabra hebrea *regel* (pie), se utiliza en el término hebreo *aliya laregel* (literalmente significa subir a pie) para peregrinación. El mismo término, *regel*, designa las 3 festividades bíblicas sagradas (*regalim* en plural), cuya celebración dictó Dios mediante la peregrinación a pie al Templo de Jerusalén (o más acertadamente, al lugar que Dios vería; Dt 16, 16; véase más abajo). Dichas festividades son el *Pesach* (*solemnitate azymorum*; Fiesta de los Panes Ácidos; Pascua judía), el *Sukkoth* (*solemnitate tabernaculorum*; Fiesta de los Tabernáculos/Cabañas), y el *Shavuot* (*solemnitate hebdomadarum*; Pentecostés; Fiesta de las Primicias o Primeros Frutos/de las Semanas). Efectivamente, las tres solemnes peregrinaciones se mencionan explícitamente en la Ley de la Alianza (Ex 34, 10-26; véase también Lv 23). El *Pesach*, que constituye el principal mito judío (el Éxodo de Egipto), junto con Pentecostés (la entrega de la Torá en el Monte Sinaí), fueron luego "bautizados" en el cristianismo y convertidos en sus dogmas

♦ Me encuentro en deuda con el Padre Artemio Vitores, Vicario de la Custodia Franciscana de la Tierra Santa, quien ha demostrado una devoción y pasión inmensas por los Santos Lugares así como una inagotable erudición. El Padre Artemio debatió conmigo sobre diversos temas, y me ofreció, con suma amabilidad, su investigación, *La peregrinación a Jerusalén: sueño de todo cristiano*, todavía en forma manuscrita. Considero que este próximo estudio representará una piedra angular en los caminos de peregrinación a la ciudad santa de Jerusalén, y espero con impaciencia su publicación. Cualquier carencia o falta, sin embargo, son mías.



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

fundamentales: la Pascua, en la que se celebra la Pasión y Resurrección de Jesús, y Pentecostés, que celebra la fundación de la Iglesia.

De modo inequívoco, el salmista expone el crucial significado de Jerusalén como centro de peregrinación, donde no cesan las alabanzas al Señor (no fue casualidad que el Papa Benedicto XVI y el rabino del Muro de las Lamentaciones escogiesen el mismo versículo tan significativo, ya que su devota intención era la de cantar las alabanzas al Señor en la forma bíblica más apropiada, y ante el lugar sagrado más pertinente, único vestigio del glorioso Templo de Jerusalén):

Illuc enim ascenderunt tribus, tribus Domini, testimonium Israel, Ad confitendum nomini Domini ("Y allá subieron las tribus, las tribus de Jehová, conforme al testimonio dado a Israel, para alabar el nombre de Jehová". (Sal 122 [121], 4).

Con la descripción de la acción física real de peregrinación, concretamente en la palabra "subieron" (*ascenderunt*), el salmista retrata una imagen auténtica de las multitudes de las tribus del Señor, ascendiendo a Jerusalén (*ascenderunt tribus, tribus Domini*), formando parte de la memoria y del testimonio colectivos. Las tribus de peregrinos son "el testimonio dado a Israel" (*testimonium Israel*), y rezan por la paz, la tranquilidad, la prosperidad, la seguridad, la bondad, y el amor del Señor y su gloriosa ciudad (Sal. 122 (121), 6-7).

La ciudad bíblica de Sión le confirió a la ciudad histórica de David (así llamada por su espléndida conquista de Jerusalén/Jebús, alrededor del año 1000 a. de C., y famosa por ser una ciudad indómita; 2 Sm 5, 6-10; 1 Cr 11, 4-6) un papel espiritual primordial, transformándose en un centro sagrado de peregrinación para las tres religiones monoteístas (el judaísmo, el cristianismo y el islam). En las tres fes, Jerusalén indica el ombligo del mundo (*omphalos*). La Piedra Fundacional, localizada en realidad bajo la Cúpula de la Roca, señala el *omphalos* para los judíos, los cristianos y los musulmanes (aunque ya en el siglo VII el *omphalos* cristiano se situaría en el nuevo Templo cristiano, es decir, el Santo Sepulcro; véase más abajo), girando en torno a tradiciones históricas, religiosas, místicas y tipológicas que han conducido a una permanente disensión geopolítica.

El Monte del Templo (Monte Moria), donde el segundo Templo se situaba hasta su fatal destrucción en el año 70 d. de C., señala el centro tanto sustancial como espiritualmente místico del universo, por lo que la acción de subir al Templo, en otras palabras, de emprender una peregrinación al centro de la tierra, localizado en la denominada Tierra Prometida, crece hasta convertirse en una realización pía englobadora e ideológicamente religiosa. Como símbolo de las sólidas relaciones y el compromiso, no simplemente entre el Pueblo de Dios (judíos y cristianos se disputan el título) y Dios, sino también entre el cielo y la tierra, el destino del peregrino en la tierra y póstumamente depende de su peregrinación física (y a la vez espiritual), en



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

búsqueda de lo divino, mientras que su vida en la tierra se conceptualiza como una peregrinación infinita en esencia; real, espiritual, moral, y tipológica por igual.

Una peregrinación a la terrestre Jerusalén, con su bagaje de significados polivalentes a lo largo de los siglos, sirve como medio para definir los límites de la existencia humana y metahistórica en el recién creado futuro reino de Dios, cuya construcción se supone en el centro del universo que está en la ciudad de Dios, es decir Jerusalén, la Ciudad de la Paz. Ya el nombre mismo de la ciudad santa entraña una semiótica densa, que surge al ascender a ella. Es por esto que el Papa Benedicto XVI y el rabino del Muro de las Lamentaciones no podían haber hecho una mejor elección que el salmo 122 (121), en el que las tribus de peregrinos – y por extensión, el Papa y el rabino – ruegan por la paz y sus inequívocas repercusiones en la misma ciudad de la paz a la que ascendieron a pie.

El salmo 122 (121) está incluido en los Cánticos de Sión, o Salmos Graduales (Sal 120 (119) – 134 (133)). Todos comienzan con las palabras, *canticum graduum* (en latín, en la nueva traducción: *canticum ascensionum*), *shir ha'ma'alot* (en hebreo), literalmente el "salmo de la escalera/subida", insinuando la ascensión de los peregrinos por la escalera hacia el Templo. En un plano más simbólico, *ma'alot* significa virtudes, por lo que el acto físico gradual de subir al Templo, cantando alabanzas al Señor (es decir, recitando los Salmos Graduales) pudiera conferir una virtud a los peregrinos que ascienden por los escalones del Templo o implicar que son rectos y virtuosos en su subida al Templo a pie (*regel*).

Consecuentemente, la interpretación metafórica y poética de la peregrinación se extiende más allá de los límites de la vida y la experiencia humana terrenales. El Salmo 122 (121), con el que he comenzado, describe una situación auténtica, tan mental como real, plena de gozo por el acto en sí de la peregrinación a la casa del Señor (Sal 122 (121), 1). El camino y su fin sirven tanto de medio como de objetivo, como una conclusión perpetua de un deseo y un anhelo incompletos, que se podrán alcanzar al expandir el campo semiótico de realización y realizador, es decir, de la peregrinación y del peregrino a Jerusalén. La peregrinación a la Casa del Señor crece hasta convertirse en un poema, una narración, una saga, un salmo gradual, para exaltar al Señor entre las naciones de la tierra, como recomienda el salmista (Sal 9, 12).

Los historiadores de la religión nos revelan que en Jerusalén, la historia, el ritual, y el lugar podrían ser todos uno. ¿Cómo indicar de mejor forma esta clara implicación polifacética que con la Piedra Fundacional que señala el *omphalos* (a pesar de su posterior traslación cristiana al Santo Sepulcro), sagrado tanto para judíos como cristianos y musulmanes? Conviene entonces examinar los orígenes de la peregrinación ideológica y religiosa a Jerusalén en el judaísmo, el cristianismo y el islam.

Los judíos en el Camino a Sión



Según la tradición judía, el inicio del mundo se originó a partir del ombligo de la tierra (es decir, el *omphalos*), situado en el Monte Moria. Es el lugar exacto donde la luz surgió del caos (el estado inicial *Tohu Vavohu* del Génesis), y es el primer lugar donde se manifestó el temor de Dios. Adán fue creado en el mismo lugar donde "subía de la tierra un vapor, el cual regaba la faz de la tierra" (Gn 2, 6), el mismo día en que Jehová creó los cielos y la tierra (Gn 2, 4), y tras su muerte, su calavera fue allí enterrada. Es ahí donde se localiza el paraíso bíblico (el *Jardín del Edén*; Gn 2, 8), con sus cuatro afluentes (Gn 2, 10-14). De acuerdo con el texto apócrifo del Libro de los Jubileos, Noé reconoció que el Jardín del Edén era el sanctasanctórum y la morada de Dios; mientras que el Monte Sinaí indicaba el centro del desierto, y el Monte Sión era el ombligo de la tierra (Libro de los Jubileos 8, 10-12). Abraham, el modelo bíblico por excelencia de la peregrinación, acatando los mandatos divinos (Gn 12, 1-4), abandonó su país (*terra*), su familia y la casa de su padre (*cognatione et domo patris*), y vivió como un peregrino (*peregrinus*) (Gn 23, 4). Pleno de una acendrada fe en Dios, consintió en el sacrificio (*in holocaustum*, una ofrenda consumida por las llamas) de su único hijo, Isaac, en *terram visionis* (Gn 22, 2), en aquel lugar elevado, visible desde la distancia (*locum procul*) (Gn 22, 4), llamado por Abraham "Jehová proveerá" (*Dominus videt*) (Gn 22, 14), y conocido como Monte Moria.

El Talmud afirma claramente que "la Tierra de Israel (*Eretz Israel*) es el centro del universo, y Jerusalén es el centro de la Tierra de Israel, y el Templo (*Beit Ha-Mikdash*, literalmente, la casa de lo sagrado, el santuario, que indica también la liturgia celebrada en el santo (*kadosh*) lugar), es el centro de Jerusalén, el sanctasanctórum es el centro del Templo, y el Arca de la Alianza es el centro del sanctasanctórum, y la Piedra Fundacional, donde el mundo entero fue creado, está situada delante del sanctasanctórum" (Midrash Tanhuma, *Qedoshim*, 10 (II, 33). Al determinar el centro del universo en la ubicación de la Piedra Fundacional, en tierra, Jerusalén se convierte en la conjunción del eje cósmico entre el cielo y la tierra, acercando al peregrino a la esfera de lo divino. Desde ningún otro lugar se podría oír mejor en el cielo la súplica del salmista, y por extensión, la del peregrino o, en palabras del Salmo 130 (129) 1: "*De profundis clamavi, ad te Domine*" ("De los profundos, oh Jehová, a ti clamo").

En la anteriormente citada *midrash* (exégesis) se hace un uso explícito de una zona definida que designa lugares santos específicos y fundamentales. La palabra hebrea para lugar santo – *Makom Kadosh* – se toma como equivalente de la morada de Dios, bien sea el cielo, la Tierra Santa, Jerusalén, o el Templo. Sin embargo, la concepción judía esencial de Dios es completamente abstracta. Dios no tiene rostro ni forma corporal. Su residencia no está en ningún lugar, como si no tuviese hogar, y ello se debe a que Dios reside en todas las partes, en cualquier parte y al mismo tiempo, desde mucho antes de su inicio, y para la eternidad. Efectivamente, Él es la eternidad, y ningún imperativo temporal humano o existencia tienen poder sobre Él; más bien al contrario. En su vida terrenal, el hombre es un eterno peregrino que busca y procura aproximarse a este Dios eterno, ubicuo, presente a un mismo tiempo en todas partes.



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

El mandamiento bíblico de peregrinar en las tres fiestas de peregrinación (*regalim*) es inequívoco: "Tres veces cada año aparecerá todo varón tuyo delante de Jehová tu Dios en el lugar que él escogiere, para establecer allí la morada de su nombre" (Dt 16, 16). Es prerrogativa de Dios, que reside en los cielos, decidir sobre el lugar exacto de reunión. Dios define el lugar como su morada (*Shechina*, véase más abajo): "el lugar donde habita su Nombre" (Dt 16, 6). Mientras el Templo se conservó intacto, los peregrinos de todas partes de Israel (así como de la Diáspora) debían llevar ofrendas y tributos, de forma que no se acercarían a Dios en vano: "Y ninguno se presentará delante de Jehová con las manos vacías" (Dt 16, 16).

Los judíos continuaron peregrinando a Jerusalén también después de la destrucción del Templo, y alentaron plegarias especiales para su tan ansiada reconstrucción. La tradicional costumbre judía de que el novio rompa una copa durante su boda, conmemora y evoca la destrucción del Templo, un hecho traumático en la historia judía que dejaría su huella para la posteridad. Ni en su momento más feliz podría un judío dejar de recordarlo. La nostalgia por Sión se manifiesta claramente en la tradicional designación del Muro de las Lamentaciones (también conocido como Muro Occidental), denotando los prolongados cantos fúnebres realizados frente a él y para él. Un claro eco de la aflicción expresada por los babilonios exiliados aparece en Sal 137 (136) 1: "Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y aun llorábamos, acordándonos de Sión". El devoto se compromete, en palabras del salmo: "Si me olvidare de ti, oh Jerusalén, mi diestra sea olvidada" (Sal 137 (136) 5). Desde la destrucción del Templo, la fecha se conmemora en el noveno día del mes hebreo de *Av* (*Tishah Be'Av*) con el ayuno y el recitado del Libro de las Lamentaciones (*Eicha*), atribuido a Jeremías, quizás el profeta más afligido de Jerusalén.

Cuando todavía el Templo se mantenía intacto, su particular disposición o topografía litúrgica denotaba la ascensión física y espiritualmente religiosa del peregrino de una manera jerárquica patente. Constaba del vestíbulo (el Patio de los Israelitas) y el santuario, dividido en el Patio de los Sacerdotes, y el *Heichal*, donde se hallaba el sanctasanctórum, al que únicamente el Sumo Sacerdote podía acceder y sólo una vez al año, en el *Yom Kippur* (el Día de la Expiación o del Perdón). El Sumo Sacerdote realizaba una determinada serie de sacrificios expiatorios, dispuestos por él para su pueblo. La presencia del Espíritu Divino, el *Shechina*, se sentía en la morada de Dios (*Shechina* deriva del término hebreo para "residir"), plena de la gloria de Su presencia en la nube (1 Re 8, 10. 13).

Desde la destrucción del Templo, la plegaria recitada en las tres festividades de peregrinación introduce la trascendental necesidad mesiánica de que Dios "Ojalá que llegue, venga, arribe, aparezca, plazca". En ese momento se enumera con gran ansia una lista de tareas para que sean evocadas (con expectación) por Dios: "sea oída, considerada y recordada la evocación, la exposición y la memoria de nuestros padres, la del Mesías, prole de tu servidor, David, la de Jerusalén, tu sagrada ciudad y la de la casa de Israel" (**Sidur Avodat Israel**, *Plegarias para las tres fiestas*). Todos estos recuerdos son evocados ante Dios para la redención, la bondad, la gracia, la merced y



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

la misericordia, para la vida y la paz, todas inducidas por las festividades de peregrinación (*regalim*). Además, la plegaria satisface la expectación de la reconstrucción del Templo. Sin embargo, desde las desastrosas consecuencias de la rebelión de Bar-Kochba en el año 135 d. de C., que terminaron con la deplorable pérdida de vidas judías (985 pueblos destruidos, 580.000 soldados muertos e innumerables habitantes), los rabinos, en la reestructuración del judaísmo desde las cenizas, prohibieron expresamente el deseo nacional y poco factible de reconstruir el Templo, considerándolo un sacrilegio. En consecuencia, elaboraron un ideal mesiánico escatológico, que mantenía que la misión sagrada estaría reservada únicamente para el Mesías. Cualquier intento de unas actuaciones más viables se contemplaría como una redención precipitada, ya que ésta deberá llegar al paso y ritmo divinos.

Sin embargo, el retorno a la ciudad vieja de Jerusalén y al Muro de las Lamentaciones, en particular, a raíz de la guerra de 1967, desarrolló unos profundos sentimientos incluso entre los soldados más escépticos; respaldados por las antiguas piedras de la ciudad, el hecho llegaría a ser decisivo en la narrativa sionista del renacimiento del pueblo judío. Aunque las emociones por Jerusalén han sido intensas desde al menos el año 70 d. de C., parece que la sacralidad de Jerusalén se ha desarrollado todavía más a partir de 1967, ahora definida como la ciudad indivisa (es decir, este y oeste de Jerusalén). Debido al mayor centralismo y celo religioso conferido hacia un lugar sagrado, el *Kotel* (el Muro de las Lamentaciones) se convirtió en la reliquia sagrada del pasado más venerada en los círculos religiosos y seculares, identificados completamente con este vestigio sagrado, aunque no libre de crítica, como la protagonizada por el profesor Yeshayahu Leibovitz, gran erudito ultrareligioso, para quien el nuevo culto dado al recién conseguido *Kotel* no era más que pura idolatría.

Situándonos en el contexto del Éxodo de Egipto, debemos recordar que debido a los espías rebeldes contra Jehová, quienes difundieron falsos rumores sobre la tierra de Canaán: "un país que devora a sus propios habitantes" (Nm 13, 32), Dios juró "que jamás verán la tierra que [Él] prometió dar a sus padres" (Nm 14, 22-23). En hebreo, a los exploradores se les denomina con el término de *meraglim* (toma la misma raíz hebrea de *regel*), para designar la acción de caminar a pie, con el fin de espiar, recopilar información, y explorar la Tierra Prometida. Así pues, los Hijos de Israel fueron castigados con la misma acción física de los espías (*meraglim*), aunque de manera aún más severa: tuvieron que andar errantes por el desierto y sufrir enormes penalidades en su peregrinación, sin ningún destino real (Nm 13-14; Deut 1, 19-43). También se debe recordar que Moisés fue castigado de una forma no más leve por su pecado de no haber confiado en Dios y por haber mostrado su vanidad al golpear la roca con su vara para que brotara agua (Nm 20, 1-13). Después de dirigir a su pueblo por el desierto durante cuarenta largos años, Moisés nunca pudo alcanzar el final del camino, es decir, la Tierra Prometida (Nm 20, 12). ¡Qué triste destino para tan gran líder!



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

No obstante, los dos significativos castigos a los Hijos de Israel y a Moisés, nos revelan la doble intención moral de la peregrinación. La peregrinación le sirve al hombre para su perfección espiritual, y constituye así una dura condena por haber pecado ante Dios y el hombre. La peregrinación tiene también un carácter infinito, y el fin del camino no tendría que indicar necesariamente la consecución de la perfección moral esperada. El destino de los Hijos de Israel fue el de vagar en el desierto prácticamente para siempre, para llegar finalmente a la Tierra Prometida, privados, sin embargo, de su gran guía, destinado a quedarse atrás sin alcanzar la meta del largo y agotador viaje de su pueblo. Ello significa que el final del camino es infinito, al igual que Dios es infinito y tiene su morada en cualquier parte, en todas las partes y al mismo tiempo.

Por consiguiente, la localización y la meta de la peregrinación judía adquieren un carácter simbólico: no se le atribuye tanto el significado de peregrinaje real al centro del mundo, situado dentro del Templo de Jerusalén, y de sacrificio como ofrenda – literalmente el sacrificio del *Olah* significa una ofrenda cuyo humo asciende en su totalidad hacia el cielo, también definido como ofrenda con aroma grato o fragancia (Nm 28, 6. 13. 24), es decir, un sacrificio consumido por las llamas (*in holocaustum*), en paralelismo con el peregrino que asciende y realiza el sacrificio-, sino que el verdadero significado tipológico de la peregrinación es el de emprender el camino y ascender al centro vital del ser humano, a su corazón y a su alma, al mismísimo corazón de la tierra (la Piedra Fundacional). De esta forma, la peregrinación se transforma en un acercamiento espiritual, moral e infinito a Dios y a su residencia cósmica, celestial, omnímoda, el reino por venir, y la inevitable búsqueda de la perfección del alma.

Los cristianos en el Camino al Nuevo Moria. La Nueva Ciudad de Jerusalén

Con el advenimiento del cristianismo y la hegemonía bizantina en Jerusalén desde el siglo IV, la noción de ciudad santa y su peregrinación se ordenó teológicamente dentro de la dicotomía tipológica de la antigua y la Nueva Jerusalén, formando parte de la sustitución entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. La percepción de la carga histórica y tipológica de Jerusalén y de la peregrinación se aprovechó, durante el proceso de abstracción y purificación de las viejas nociones bíblicas, para condensar la historia, la teología, la liturgia y el espacio sagrado en una nueva herencia cristiana, superior y consagrada. Las ruinas del Templo de los (llamados) pérfidos Hijos de Israel sirvieron para aplicar a la perfección la profecía de Jesús (Mt 24, 1-2; Mc 13, 1-2; Lc 21, 5-6), así como de decisivo modelo histórico de la violación judía de la Antigua Alianza. Los escombros del Monte del Templo y el magnífico Templo de Herodes sirvieron como indicativo vital de una obra humana, no divina, destruida por el pecado y el sacrilegio de los desobedientes judíos. Por contra, el nuevo Templo no será construido por manos humanas, lo que incorpora en el pensamiento cristiano la noción *achiroptica* ("no hecho por mano humana") que tuvo su repercusión en las célebres imágenes *achiroptitas* (como la Verónica, el Mandylion, y la Sábana Santa). En la misma forma en que la diosa Atenea saltaba de la frente de Zeus completamente



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

armada, así descenderían del cielo la Nueva Jerusalén y su nuevo Templo, sin intervención humana.

Constantino el Grande comenzó la construcción de los más importantes nuevos santuarios cristianos (el Martyrium, el Gólgota y la rotonda de la Anástasis comprendidos en la iglesia del Santo Sepulcro; la basílica de la Eleona en el Monte de los Olivos, y la iglesia de la Natividad en Belén). El cristianismo y la posteridad se desarrollaron en un terreno abstracto e intangible, pero a la vez hicieron todos los esfuerzos por reunir una nueva topografía y un nuevo itinerario sagrados, accesibles y concretos, cuyo centro ahora se trasladaba del yermo Monte del Templo a la iglesia que albergaba la tumba vacía de Jesús, el Santo Sepulcro. Si la Jerusalén celestial iba a generar una nueva escatología cristiana, la actual tenía que mostrarse cercana y al alcance. Había que dotar al núcleo de veneración, el Santo Sepulcro, de una forma y un rito inmediatos y tangibles para favorecer el anhelo creciente de los peregrinos por la Jerusalén de los cielos, donde el Señor reside. Parece que la conciliación entre los conceptos futuros y abstractos de Jerusalén con el "aquí" y "ahora" tuvo gran éxito, tal y como se puede deducir de las palabras del peregrino Felix Fabri, quien hizo la peregrinación dos veces en el siglo XV: "Anhelar la abstracción mental mientras se camina físicamente de un lugar a otro requiere un verdadero esfuerzo".

Jerusalén, y el Santo Sepulcro en particular, proporcionaron un modelo para un sincretismo de lugar, ritual, y creencia en la construcción mental y teológica de entes espirituales, definiendo así la vida del cristiano como un peregrinaje perpetuo. Tan conceptual e invisible era la idea de la Nueva Jerusalén venidera, como visibles y tangibles eran los nuevos santuarios de Jerusalén y de Belén. Testigo de la evolución del culto a las reliquias, Jerusalén se erigió en la máxima acumuladora de reliquias: de la Pasión y sus testigos, los apóstoles y la Virgen María, a la vez que Jerusalén se convertía en una reliquia sagrada en su más sustancial esencia devocional. Además, el Monte del Templo en su estado baldío, antimodelo del nuevo y glorioso santuario cristiano, proporcionó reliquias que se trasladarían del antiguo sanctasanctórum al nuevo, que se conservaba desde hacía poco tiempo dentro del edículo de la tumba de Cristo, lo que dio lugar a toda una corriente de traslaciones ideológicas (y sin duda alguna, también físicas), que privaban al antiguo Templo de algunas de sus más importantes tradiciones judías y de sus objetos sagrados, recientemente "bautizados". Mientras que el Templo judío en ruinas significaba la muerte y el final de una época, el nuevo Templo cristiano sugería la vida y el renacer. Así que la ubicación del celeberrimo *omphalos* ya se trasladó al Santo Sepulcro en el siglo VII. Además se reordenaron importantes acontecimientos en la historia judía, como el Sacrificio de Isaac, y hechos puramente cristológicos ocurridos en el patio del Templo, como fue la Expulsión de los Vendedores de Palomas y Mercaderes (Mt 21, 12-13; Mc 11, 15-18; Lc 19, 45-48; Jn 2, 13-17) y cuya acción ahora se situaba en el constantiniano patio interior del Santo Sepulcro. Aparte de la reubicación de sucesos clave, al nuevo sanctasanctórum se le incorporaron objetos sagrados, o *eulogia* (ofrendas o exvotos), documentados en muchos relatos de peregrinos. Podemos citar entre ellos, el altar del sacerdote del Templo, Zacarías, muerto brutalmente y cuya sangre allí se secó; el



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

cuerno de la Unción, utilizado para ungir a los reyes judíos; el anillo del rey Salomón y otras vasijas selladas en las que había encerrado a los demonios; el altar de Abraham, donde sacrificaría a Isaac, su único hijo, además de la localización del hecho en sí.

La migración conceptual y física de ideas y reliquias sagradas formó parte del continuo diálogo entre el antiguo recinto judío y el nuevo complejo cristiano del Santo Sepulcro. Se trataba de un diálogo sordo de conflicto y discordia. Al poner en práctica los más importantes hechos, tradiciones y objetos de culto específicos judíos, se desheredaba al pueblo judío de su calidad de primogénitos (por no mencionar sus santos lugares), y sólo fue de nuevo reconocida en el Concilio Vaticano II (1962-65), con la famosa declaración de *Nostra aetate*. La constante tensión, que aflora en la Biblia con el robo de Jacob a Esaú de sus derechos de nacimiento, nutrió la historia posterior de la presencia cristiana en Jerusalén.

Deberá observarse que Jesús no les impuso a sus discípulos ningún camino o lugar de peregrinación concreto, porque la senda correcta que se debe tomar no conducirá ni a la montaña ni a Jerusalén; la verdadera veneración a Dios deberá rendirse en espíritu (Jn 4, 21-23). Esta vía espiritual no se encuentra señalada en ningún mapa de este mundo. Por eso, el peregrino cristiano busca una meta trascendental, cuyo paradigma es el encuentro de Jesús con sus discípulos en el camino a Emaús (Lc 24, 13-35), e imita así a Cristo como peregrino (*imitatio Christi peregrini*). Esta aspiración metafísica, que trasciende las peregrinaciones terrestres, encontró su más amplia expresión en el Apocalipsis (21), creando de este modo una futura realidad ideal, que no sólo se plasmaría al final de los días, sino también al final del camino espiritual y de penitencia emprendido por el peregrino cristiano. El deseo ardiente y escatológico por encontrar a Cristo en el camino a la ciudad de Su Pasión se veía complementado por la lectura exegética de Cristo como el nuevo Templo, construido en tres días (Mt 26, 61; Jn 2, 19), o lo que es lo mismo, el Cristo resucitado.

Pero, hablando en términos más reales, ¿dónde se localizaba el nuevo Moria cristiano? La trascendental aproximación exegética, conferida de espiritualidad, a la historia de la salvación se complementaba con una topografía sagrada definida, cuyo corazón era Jerusalén, testigo de la Pasión del Cristo "histórico" en persona. La idea de la encarnación de Cristo requería un mecanismo ritual y geográfico que encarnase las aspiraciones cristianas más profundas de llevar este peregrinaje de carácter dual hacia lo divino. Esto sólo se podría haber logrado en Jerusalén, pero en un nuevo recinto, que integrase y transfiriese las antiguas tradiciones del Templo: el Santo Sepulcro. La peregrinación cristiana comienza con el sacramento del bautismo, por el que se conduce misericordiosamente al recién nacido en Cristo a la Casa del Señor, es decir, a la Jerusalén de los cielos. Sin embargo, este camino sacramental no excluye los caminos terrenales, donde el fiel se encontrará con Cristo y seguirá sus pasos, visitando los mismos lugares por los que Él caminó y en los que sufrió, y testimoniando de forma verdadera el camino cristológico al Calvario.



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

En términos cronológicos, la peregrinación cristiana a Jerusalén consta de tres fases principales: el período bizantino, que comienza con el viaje de la emperatriz Elena, madre de Constantino el Grande, peregrinos importantes, reales, nobles y eclesiásticos (basta con mencionar a la dama española del siglo IV, Egeria, probablemente gallega, cuyo relato de peregrinos es de primordial importancia para la comprensión y reconstrucción de diversos santuarios, rutas y especialmente de la práctica litúrgica). La siguiente fase discurre durante el período de las Cruzadas, que dará nuevos bríos a las aspiraciones escatológicas del recién construido reino, indicando el camino al futuro reino celestial, y compensando de forma deslumbrante a Occidente por las largas épocas de ocupación islámica. Y como última fase, la serie consecutiva de diferentes regímenes musulmanes desde la trágica conquista (a ojos de los cristianos) de Jerusalén por Saladino, en 1187 (que terminará con el establecimiento del mandato británico en 1917, seguido por la fundación del estado de Israel en 1948), marcada por la presencia franciscana en Jerusalén junto con diversas denominaciones nativas del cristianismo oriental.

El período bizantino fue testigo de la construcción de la iglesia del Santo Sepulcro (326-335), tras la invención de la vera cruz por la emperatriz Elena. En el concilio de Nicea (325) se le otorgó a Jerusalén la máxima categoría religiosa de "Madre de todas las Iglesias", lo que derivaría en la difusión de la liturgia de Jerusalén por el mundo cristiano entero. El rango maternal de Jerusalén se basaba en la escenificación cristológica de la historia sagrada en Jerusalén, que vio la Pasión y Resurrección de Jesús, conmemoradas de forma soberbia en el nuevo sanctasanctorum y en el Calvario. En el Concilio de Calcedonia (451), Jerusalén se erigió en sede patriarcal, en igualdad de primacía con los patriarcados bizantinos de Alejandría (Egipto), Antioquía (Siria) y Constantinopla (capital de Bizancio), y Roma.

Según Eusebio, obispo de Cesárea, historiador eclesiástico y consejero religioso de Constantino el Grande, el primer período bizantino se centró en la construcción de asombrosos santuarios, que albergaban tres grutas místicas, e indicaban cronológicamente la historia sagrada del Cristo encarnado. Éstas son la gruta de la Natividad en Belén, donde Cristo nació en persona (la iglesia de la Natividad); la supuesta cueva del enterramiento de José de Arimatea, que iba a servir de tumba a Cristo (la iglesia del Santo Sepulcro); y la gruta de su Ascensión en el Monte de los Olivos (la basílica de la Eleona). Se ponía en práctica la historia sagrada mediante una geografía sagrada, especialmente la formación de la ruta de peregrinación cristológica. Quizá el acontecimiento más importante (asociado al descubrimiento de la "vera" cruz por la emperatriz Elena) fuese el hallazgo de la tumba de Cristo, sepultada bajo un montón de escombros en el templo pagano de Afrodita de Aelia Capitolina (el nombre romano de Jerusalén). Como en el pasado, el suceso fue tipológicamente magnificado, significando literalmente el triunfo bendecido del cristianismo sobre el paganismo. Además, la tumba milagrosamente descubierta se interpretó manifiestamente como la validación suprema de inspiración divina de la Resurrección de Cristo.



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

Los victoriosos cristianos bajo hegemonía bizantina en Jerusalén asociaban con facilidad la conquista del paganismo con la de la religión judía, y el Templo, símbolo fundamental de la presencia judía, de su identidad y de su rito tradicional, consumido en cenizas en el año 70 d. de C., fue completamente abandonado. El Templo judío en ruinas personificaba la realización de la profecía de Cristo que, en palabras de Eusebio, funcionaba como la amonestación divina y el castigo por el pecado inconcebible "cometido" por los judíos, el de la crucifixión de Cristo (a pesar de su inequívoco carácter anacrónico, puesto que los judíos no estaban en situación de decidir tal condena, ni tampoco se avenía este tipo de ejecución con ninguna ley judía concebible).

El proceso de adquisición de una nueva identidad con frecuencia implica la eliminación de adversarios, quienes parecen ponerlo en peligro extremo, formando parte de la exégesis tipológica cristiana tradicional, con respecto al antiguo Pueblo de Dios frente al nuevo, y sus derivadas interpretativas. No sería hasta la toma de Jerusalén por parte de los cruzados cuando el recinto del antiguo Templo se redefiniría y sería incorporado al nuevo itinerario de los cruzados, a su visión y a su propia imagen. Adoptando formas muy semejantes a las de los judíos, que se aferraron a su Muro de las Lamentaciones a lo largo de sus dos mil años de exilio, los cristianos encontraron un importante refugio en la pequeña tumba vacía milagrosamente encontrada. Del mismo modo que el pueblo judío, el Muro fue virtualmente reducido a cenizas; sin embargo, también fue un superviviente que había perdurado a dos milenios de agitaciones. Igualmente, el descubrimiento y la recuperación de los cruzados de la tumba de Cristo, repetía el milagro de Su Resurrección, en otras palabras, el lugar vital de la historia de la salvación, el lugar más sagrado para la cristiandad de todos los tiempos, visitado y venerado por peregrinos de todos los rincones del mundo. La peregrinación misma da origen a un fervor por tocar el lugar, de ultrapasar su frontera liminal, el umbral de lo perceptible, con el fin de experimentar la presencia sagrada de Dios. En efecto, se trata de una forma esencialmente universal de expresión religiosa, que conlleva una dimensión tanto tangible como espiritual.

Los tres santuarios constantinianos anteriormente mencionados se complementaron con otras iglesias importantes que perfilaban la emergente geografía sagrada, conocida como la peregrinación a Jerusalén. La iglesia de Hagia Sión (construida en el año 387 d. de C.), conmemoraba la creación de la Iglesia Apostólica el día de Pentecostés, así como la introducción de la Eucaristía en la Última Cena, dos elementos fundamentales que designaban la fundación de la *ecclesia Christianorum* y el rito sacramental que ésta adoptaba, legitimando la primacía de Sión (Jerusalén) como Madre de todas las Iglesias. En la última década del siglo IV, el emperador Teodosio construye la iglesia de Getsemaní para conmemorar la Agonía y el Prendimiento de Cristo. Este período primitivo también será testigo de la construcción de la iglesia de la Ascensión en el monte de los Olivos. En el año 543 la emperatriz



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

Eudoxia ordena erigir la basílica de la "Nueva Santa María, Madre de Dios y siempre Virgen", conocida como la Nea.

La época de oro del cristianismo en Jerusalén llegará a su desafortunado fin con la intrusión persa (año 614), seguida de la ocupación musulmana (año 638). Los diferentes califas mantuvieron bajo estricto control a la comunidad cristiana con el consecuente declive de las peregrinaciones durante este período. La caída en desgracia en Jerusalén de los cristianos por parte de los musulmanes culminaría con la destrucción del Santo Sepulcro a manos de Al-Hakim "el califa loco", en el año 1009. Con la conquista de Jerusalén por los cruzados el 15 de julio de 1099 se inicia una segunda época de oro de las peregrinaciones cristianas y de florecimiento de los santuarios. Su máxima manifestación fue la consagración de la iglesia de los cruzados del Santo Sepulcro en 1149, iglesia en la cual todavía hoy siguen congregándose los peregrinos a pesar de las diversas alteraciones, restauraciones, y de una serie de destrucciones, además de unos nuevos repartos bastante molestos, y de zonas separadas de culto con acceso restringido, debidas a la excepcional coexistencia de las seis denominaciones cristianas en el interior de la iglesia (las tres principales son la latina franciscana, la ortodoxa griega y la armenia, que practican sus distintos ritos según el status quo. Es ésta una extraña y complicada reglamentación que a la vez se manifiesta como el único mecanismo posible que permita la práctica de cualquiera de los cultos cristianos en el interior de la iglesia). Los cruzados se anexaron el Monte del Templo, coronado por sus dos impresionantes edificaciones musulmanas (la Cúpula de la Roca y la mezquita de Al-Aqsa), y lo incorporaron tanto a su práctica religiosa como civil. Mientras que la primera se identificaba ahora como el *Templum Domini* (Templo del Señor), y servía de insigne santuario catedralicio, la segunda, también conocida como *Templum Salomonis* (Templo de Salomón), servía de palacio residencial y cuartel general.

El antiguo diálogo tipológico de discordia surgiría de nuevo. Donde los bizantinos interpretaban la desacreditada identidad judía (es decir, el Templo) como la profética victoria cristológica, los cruzados, los nuevos peregrinos portadores de la cruz al recién creado reino cristiano de Jerusalén, y causantes de muertes brutales en las poblaciones de nativos musulmanes y judíos, se complacían de recuperar la tradicional dicotomía; sólo que ahora la conquista del Monte del Templo simbolizaba la gloriosa derrota de los infieles a manos de los nuevos macabeos. La amarga rivalidad entre los dos lugares sagrados, es decir, el Monte del Templo y el Santo Sepulcro, culminará con la construcción y consagración del nuevo-antiguo Santo Sepulcro (que eclipsaba las restauraciones de 1042-1048 del emperador bizantino, Constantino IX Monómaco), junto con la adquisición del recinto anteriormente judío y más tarde musulmán.

Sin embargo, el nuevo reino de los cruzados no sobreviviría durante largo tiempo, sin conducir aparentemente a ningún reino celestial venidero. Saladino puso fin al primer reino de los cruzados de Jerusalén en 1187, cuya capital se trasladó (tristemente) a Acre (1187-1291). Salvando un breve período de tregua (1229-1244), ahora le tocaría



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

a los musulmanes gobernar Jerusalén durante mucho tiempo (las fechas de 1516 a 1917 señalan el período otomano que sólo finalizará con el mandato británico sobre Palestina), quienes desarrollarían, a partir de la memorable conquista de 1187, un nuevo modo de identificación con sus antiguos objetos sacrosantos, situados en los reverenciados espacios de la Cúpula de la Roca y la mezquita de Al-Aqsa.

El estado de Israel, que desde 1967 alberga bajo su jurisdicción los Santos Lugares cristianos, garantiza la reglamentación y práctica pacífica del rito cristiano en los mismos, así como una peregrinación segura de todos los cristianos, claramente manifiesta con las tres peregrinaciones papales de Pablo VI (1964), Juan Pablo II (2000), y Benedicto XVI (2008).

Una Nueva Migración de un Espacio Sagrado: la Peregrinación Musulmana al Haram-el-Sharif

En 1996, Binyamin Netanyahu cometió un grave error geopolítico, que sugería inferencias religiosas cruciales y obviamente políticas, al presentar un mapa físico en plata al cabeza palestino de la iglesia greco-católica, en el que el Templo judío sustituía a la Cúpula de la Roca. Obligado a pedir disculpas, Netanyahu (con poco tacto) dijo: "No nos apercibimos de que Al-Aqsa no aparecía en el mapa". Las dos guerras santas palestinas (la *intifada*) se centraron en Al-Aqsa (la Mezquita más Lejana) y en la Cúpula de la Roca. De este modo, no es sorprendente que la violenta manifestación política, cargada de simbolismo profético y de una identidad religiosa, nos mostrase a los más exaltados alzando en alto una maqueta dorada de la Cúpula de la Roca.

En el clima sagrado de Jerusalén, la arqueología, la construcción y deconstrucción, la inclusión y la exclusión, la apropiación y la mala apropiación, la fronterización y la expansión, siempre han llevado consigo el bagaje de innumerables significaciones y costumbres emblemáticas conflictivas. Nunca de forma imparcial, la geopolítica de los espacios sagrados de Jerusalén y las santas reliquias debería entenderse en vista del estado transitorio de los reinados históricos en oposición a las identidades religiosas perdurables. Como si Jerusalén fuese la inalcanzable novia soñada, que al final se queda sola, majestuosa, resistiéndose a cualquier pretendiente fortuito.

Los hechos mencionados, recientemente acaecidos, ejemplifican la forma colectiva de la memoria y la negación en el complicado proceso de auto definición, considerada como muy débil. Quizás la majestad y los superlativos de belleza tradicionales asignados a Jerusalén desde tiempos inmemoriales, crean un *perpetuum mobile* insondable, un hábil mecanismo continuo que implica conductas colectivas legendarias y políticamente no correctas. Hay una larga lista de espera en el calendario de Dios, todos compiten y pelean por Su atención. Los resultados de la rivalidad terrenal son inmensurables, al incluir zonas tan candentes como siempre ha sido el histórico Monte del Templo. No solamente Jerusalén indicaría el centro de la tierra sino que también significaría el eje de inflexibles identidades religiosas,



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

preparadas de antemano en los cielos. Cada religión considera necesario recibir el apelativo de "Pueblo de Dios" o el "Pueblo Elegido", una "luz a las naciones", un "mandato" providencial dictado por "agentes especiales" (Moisés, Cristo y Mahoma), enviados directamente desde el cielo para elegir al supuesto "número uno". Ello conlleva una serie de manipulaciones bíblicas, de inspiración divina, que explotan y conducen el reducido y denso recinto hacia un callejón sin salida, haciendo que la disputa sea amarga e interminable, agotadora sin embargo para todas las partes implicadas.

Un profundo e inestimable simbolismo también caracteriza al credo musulmán con relación a Jerusalén, que establece la hagiografía profética del viaje nocturno o *isra* de Mahoma de la (central) Meca a la (más lejana) Jerusalén (de ahí el nombre de Al-Aqsa, la Mezquita más Lejana), y su final ascensión al cielo o *mi'raj* (Corán 17, 1) desde el Haram-el-Sharif ("El Noble Santuario", anteriormente conocido como el Monte del Templo). Jerusalén es considerada la primera *qibla* y el tercer santuario, indicativos de la primera dirección del rezo musulmán antes de que se les ordenase orientarse hacia la Meca, y del tercer santuario en valor después de la *ka'aba* de la Meca y la mezquita del profeta en la Medina. Motivado por la complicada dinámica de lo sagrado y el inmemorial diálogo de gran carga ideológica entre espacios santificados, historias y aspiraciones políticas y religiosas, el califa omeya Abd-al-Malek (685-705) encargó la construcción del magnífico monumento conmemorativo de la Cúpula de la Roca. El edificio en forma de baldaquino recubre la Piedra Fundacional, considerada una roca proveniente del Paraíso, a la que se le asociaron fantásticas leyendas escatológicas. La mezquita de Al-Aqsa fue construida entre los años 705 y 715 por Al-Walid (hijo de Abd-al-Malek), y también se le otorgaron tradiciones constitutivas, de nuevo sesgadas en términos tipológicos y bíblicos. Se les impuso una nueva identidad musulmana a los restos del destruido Templo judío, así que ahora Jerusalén y su recién apropiada reliquia sagrada "hablaban" árabe, es decir, adoptaban una nueva identidad nacional y religiosa musulmana.

Por medio de la manipulación de la arqueología, la antigüedad y la historia, cada parte de la tríada monoteísta reclama haber sido la primera en haber estado "allí". Los musulmanes alegan que aparte de la Biblia, no existe prueba alguna de la existencia histórica real del reino de David y el Templo de Salomón. Hay voces que incluso afirman que la Piedra Fundacional nunca formó parte de ningún Templo judío, o sanctasanctorum, como si en los dos mil años que han soportado los judíos en la Diáspora, el desarrollo de esa profunda nostalgia por Sión se basara en una pura invención de la imaginación. Por otro lado, los judíos reivindican que los santos lugares "verdaderos" del islam se encuentran situados lejos del Monte del Templo, en Hijaz (Meca y Medina, en Arabia). Los cristianos prefieren abiertamente el gobierno judío a cualquier control musulmán, lo que explicaría el consentimiento (velado) del Vaticano a la fundación del Estado de Israel.

Podemos trazar un paralelismo entre la historia germinal del islam desarrollada en las lejanas Meca y Medina, y el acontecimiento formativo y mito fundacional de la



historia judaica, el Éxodo de Egipto, obviamente muy lejos de Jerusalén y del Monte del Templo (hasta que el rey David conquiste Jerusalén ésta no figurará en la religión judía; su nombre ni siquiera se menciona claramente en el *Chumash*, el Pentateuco, que constituye la Torá). No sería hasta épocas posteriores cuando Jerusalén se convertiría en un lugar sagrado para los musulmanes, y en cualquier caso, sólo tercera en importancia tras las Meca y la Medina. Aún así, a Jerusalén (al-Quds en árabe) se le confirieron unas cualidades proféticas que la realzarían tanto en el Corán como en el Hadith (tradiciones proféticas).

Judíos, cristianos y musulmanes, todos encontraron su Dios en Jerusalén, en donde formularon su propia definición, y a donde dirigieron sus más profundos sentimientos religiosos. Debe mencionarse que Jerusalén siempre adquiriría gran interés después de que la ciudad santa se perdía ante un enemigo determinado. Sólo será tras la destrucción del primer Templo en el año 586 a. de C. a manos de los babilonios y el retorno a Sión poco después, cuando se convierta en el espacio fundamental de la pía devoción judía. Igualmente, cuando Saladino devolvió la corona musulmana a Jerusalén, aplastando el efímero Reino de Jerusalén de los cruzados (1099-1187), el mundo musulmán la dotó de construcciones extraordinarias, como las docenas de *madrasas* (escuelas del Corán), construidas alrededor del Haram al-Sharif, con el consiguiente embellecimiento de Al-Quds. Curiosamente, el nombre árabe de Al-Quds restituye el antiguo significado judío de *Makom Kadosh* (lugar santo) y *Mikdash* (Templo). Sin embargo, la filología nos indica que dicho lugar también es *hekdes*, es decir, una entidad separada, independiente (no es de sorprender que el término en hebreo designe también al Wakf musulmán, la asociación religiosa musulmana que tiene competencia sobre el Haram al-Sharif).

Pudiera ser que los pies de todos nosotros se posaran ante tus puertas para siempre, oh Jerusalén. Ciudad expuesta, como siempre lo pudo haber sido tanto para los judíos, como para los cristianos y los musulmanes, puede que Jerusalén soporte siempre la carga excesiva de diversas y conflictivas historias, narrativas, nostalgias e identidades, y de deseos escatológicos y religiosos (cumplidos o no). Todo ello a pesar del código ético bíblico, que ordena claramente que no se moleste al extranjero ("porque extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto", Lev 19, 34), además de amarlo. Confiemos en que Ir Shalem, o la Ciudad de la Paz (*shalom*), que con mucha frecuencia ha sido la ciudad de la guerra, aliente peregrinaciones no menos devotas (y turismo) a la ciudad conocida por haber sido la Ciudad de la Justicia.

Cuando el rey David se disponía a construir un altar a Jehová (para reparar su pecado y evitar que su ángel destruyese Jerusalén, y detener la plaga) en la era de Ornán donde se trillaba el trigo, no sólo le pagó a Ornán (quizás el último rey jebuseo) su justo precio, sino que también recibió de él de manera bondadosa su aprobación litúrgica. El rey David se negó a recibir ningún regalo del rey Ornán, porque no consideraba apropiado tomar lo que era de otro "para dárselo a Jehová" y dar a Dios



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

una ofrenda consumida por las llamas que nada le costase. Fue así como el rey David ofreció holocaustos y ofrendas de paz en la parcela de Ornán (1 Cr 21, 14-30). De este modo, en lugar de la expropiación de la tierra jebusea y la destrucción de su culto, encontramos un acto ecuménico y un consentimiento de mutuo acuerdo, en un alcance mucho mayor que el puro sincretismo, resultantes de un recíproco temor de Dios. Una expresión cáltica tan patente de ecumenismo y de tolerancia religiosa prácticamente podría salirse del terreno bíblico utópico, y convertirse en una apacible realidad de la Ciudad de la Paz.

Bibliografía

Armstrong, Karen, "The Holiness of Jerusalem: Asset or Burden?" *Journal of Palestine Studies*, Vol. 27 (1988):5-19; **Associazione Biblica Italiana**, *Gerusalemme: Atti della XXVI Settimana Biblica in onore di Carlo Maria Martini* (Brescia: Paideia Editrice, 1982); **Avi-Yonah, Michael and Ephraim Stern** (eds.), *Encyclopedia of Archaeological Excavations in the Holy Land*, 4 vols. (Londres: Oxford University Press; Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1975-78); **Ben-Arieh, Joshua**, *Jerusalem in the 19th Century. The Old City* (Jerusalén, 1984); **Biblia y Arqueología en Tierra Santa** (Valencia, 1997); **Bissoli, G.**, *Il Tempio nella letteratura giudaica e neotestamentaria. Studio sulla corrispondenza del tempio terrestre e tempio terrestre* (Jerusalén, 1994), pp. 109-147; **Bissoli, G.**, "Gerusalemme celeste come ispirazione di vita", in: *Gerusalemme: realtà, sogni e speranze* (Jerusalén, 1996), pp. 169-173; **Caucci von Sauken, Paolo** (ed.), *Roma, Santiago, Jerusalén: el mundo de las peregrinaciones* (Barcelona: Lunewerg, 1999); **Colbi, Saul P.**, *A History of the Christian Presence in the Holy Land* (Lanham, Md.: University Press of America, 1988); **Corbo, P.V.**, *Il Santo Sepolcro di Gerusalemme* (Jerusalén, 1982); **Couasnon, Ch.**, *The Church of the Holy Sepulchre in Jerusalem* (Londres, 1974); **De Sandoli, S.**, *Chiesa del S. Sepolcro – chiavi porte portinai* (Jerusalén, 1986); **El-Katib, Abdallah**, "Jerusalem in the Qur'an", *British Journal of Middle Eastern Studies*, Vol. 28 (2001):25-53; **Folda, Jaroslav**, "El arte de los cruzados y la peregrinación a los Santos Lugares", en: *Terrasanta. Dalla Crociata alla Custodia dei Luoghi Santi*, pp. 35-43; **Grabar, André**, *Martyrium: Recherches sur le culte des reliques et l'art chrétien antique*, 3 vols. (París: Collège de France, 1943-46; Reimpresión en 2 vols. Londres: Variorum Reprints, 1972); **Grabois, Aryeh**, "Medieval Pilgrims, the Holy Land and Its Image in European Civilization", en: *The Holy Land in History and Thought: Papers Submitted to the International Conference on the Relations between the Holy Land and the World Outside It*, ed. Moshe Sharon (Johanesburgo 1986; Leiden: E. J. Brill, 1988), pp. 65-79; **Hunt, Edward D.**, *Holy Land Pilgrimage in the Later Roman Empire, AD 312-460* (Oxford: Clarendon Press, 1982); **Jerusalem and Mecca: The Typology of the Holy City in the Near East** (New York University Studies in Near Eastern Civilizations) (Nueva York: New York University Press, 1986); **Maraval, Pierre**, "Liturgie et pèlerinage durant les premiers siècles du christianisme", *La Maison-Dieu*, Vol. 170 (1987):7-28; **Morris, Collin**, *The Sepulchre of Christ and the Medieval West. From the Beginning to 1600* (Oxford, 2005);



Avital Heyman: "Ya se posan nuestros pies ante tus puertas, oh Jerusalén", in Francisco Singul (ed.), *Las tres peregrinaciones*, Santiago de Compostela: Xacobeo, 2010.

Murphy-O'Connor, Jerome, *The Holy Land: An Archaeological Guide from Earliest Times to 1700* (Oxford: Oxford University Press, 1980); **Spanish ed.:** *Tierra Santa. Desde los orígenes hasta 1700* (Madrid, 2000); **Negev, Avraham**, *The Archaeological Encyclopedia of the Holy Land*, Rev. ed. (Nashville: Thomas Nelson, 1986); **Ousterhout, Robert**, "The Temple, the Sepulchre, and the *Martyrion* of the Savior", *Gesta*, Vol. 29 (1990):44-53; **Ousterhout, Robert**, "Architecture as Relic and the Construction of Sanctity: The Stones of the Holy Sepulchre", *The Journal of the Society of Architectural Historians*, Vol. 62 (2003):4-23; **Peters, Francis E.**, *Jerusalem: The Holy City in the Eyes of Chroniclers, Visitors, Pilgrims, and Prophets from the Days of Abraham to the Beginnings of Modern Times* (Princeton: Princeton University Press, 1985); **Piccirillo, Michele**, *La nuova Gerusalemme. Artigianato palestinese al servizio dei Luoghi Santi* (SBF Collectio Maior, 51) (Bérgamo, 2007); **Piccirillo, Michele**, *La Palestina cristiana. I-VII secolo* (Bologna, 2008); **Purvis, James D.**, *Jerusalem, the Holy City: A Bibliography*, 2 vols. (American Theological Library Association Bibliography Series 20) (Metuchen, N.J.: American Theological Library Association; Scarecrow Press, 1988-91); **Rubin, Ze'ev**, "Christianity in Byzantine Palestine-Missionary Activity and Religious Coercion", *The Jerusalem Cathedra: Studies in the History, Archaeology, Geography and Ethnography of the Land of Israel*, Vol. 3 (1983):97-113; **Schur, Nathan**, *Jerusalem in Pilgrims' and Travelers' Accounts: A Thematic Bibliography of Western Christian Itineraries, 1300-1917* (Jerusalén: Ariel Publishing House, 1980); **Vincent, P.H. and F.M. Abel**, *Jérusalem nouvelle* (París, 1914); **Vitores, Artemio**, *La peregrinación a Jerusalén: sueño de todo Cristiano* (en preparación); **Walker, Peter W. L.**, *Holy City, Holy Places? Christian Attitudes to Jerusalem and the Holy Land in the Fourth Century* (Oxford: Clarendon Press, 1990); **Wilken, Robert L.**, *The Land Called Holy: Palestine in Christian History and Thought* (New Haven: Yale University Press, 1992); **Wilkinson, John**, *Jerusalem as Jesus Knew It: Archaeology as Evidence* (Londres: Thames and Hudson, 1978); **Wilkinson, John**, *Jerusalem Pilgrims before the Crusades* (Jerusalén: Ariel Publishing House, 1977); **Wilkinson, John, Joyce Hill, and W. F. Ryan** (eds.), *Jerusalem Pilgrimage, 1099-1185* (Obras distribuidas por la Hackluyt Society, 2d ser., 167) (Londres: The Hackluyt Society, 1988).